

Los aleros cortados en grandes coronas imperiales, se apoyan en dragones fantásticos, que con la cabeza inclinada, parecen roer las estacas que agarran con sus largas uñas, mientras que sus colas se despliegan deslumbradoras.

Los cuádruples techos, cubiertos de zinc brillaban como si fueran de plata y sus muros incrustados de mosaicos, de cristal y dorados resplandecían como un mar de luz cubierto con una red de oro.

Las escaleras que sirven para subir de uno á otro techo para las reparaciones diarias estaban cubiertas de vidrio y oro.

A lo largo del basamento se veían esculturas bastante originales, ofreciendo los tipos de diferentes razas, birmanes, chinos, un inglés. Este último, con su perro y su escopeta formaba una caricatura que no carecía de verdad. En el interior se veían también escenas muy curiosas de animales conversando entre sí y recordándonos las ilustraciones de La Fontaine por Granville.

El Maha-comiye-peima, cuyo plan general se asemeja á la construcción de que acabamos de hablar, se nos anunció mas fastuosamente por los birmanes; no quisimos creerlos al principio; pero fue menester darles luego la razón.

Los tres campanarios de este monumento no están ya dorados á consecuencia de las guerras civiles de 1852. El contraste de la estinguida armonía de la madera de *teck* con las mazas de oro produce un efecto sorprendente. El basamento en vez de ser dorado, está incrustado de tableros de laca escarlata con molduras doradas; los pilares se enlazan unos con otros por filigranas de oro en forma de medias-lunas de un gusto exquisito; los apoyos que sostienen los aleros no son del mismo estilo que los del Toolut-bungyo; estos son hombres con cabezas de animales, elefantes, toros, etc. Estas estatuas en diferentes actitudes de danza, están cubiertas de mosaicos.

El balcón de la balastrada es maravilloso. Estos balaustres no son como de ordinario pilastras de madera revuelta ó tableros esculpidos, sino anchas fajas de escultura que se enlazan entre sí muy artísticamente; en sus puntos de contacto salen unas esculturas que representan seres del mundo ideal; figuras que, si dejan algo que desear bajo el punto de vista de la ejecución, tienen vida y movimiento. Por encima de este balcón corre un alero de exquisito gusto, que consiste en fajas esculpidas que recordando el trabajo del balcón, ciñen graciosamente los escudos.

Serpientes enlazadas con escamas de vidrios de colores y con pomos de flores de mosaico de cristal, saliendo por la boca forman las rampas de las escaleras, que son doradas. Los pilares están coronados de *htees*, que en verdad no producen el efecto de las co-

ronas imperiales del Toolu-bungyo. Las paredes de los pisos superiores están diapreados y floridos de mosaicos de cristal: los aleros y la cima de los techos son de madera esculpida de una ejecución admirable.

No se pueden mirar estos *kyungs* sin experimentar un profundo sentimiento de admiración. Y se pregunta uno ¿cómo un pueblo que tiene tan pocos medios de ejecución, ha podido llegar á producir monumentos tan preciosos?

El ídolo colosal, traído del templo de Aracan, es un gautama en su postura habitual, es decir, acurrucado sobre un *raja Palen*. Esta estatua tiene cerca de 3 metros 50 centímetros: su faz es pulida y brillante, pero el resto del cuerpo no tiene forma humana, recargado como está, de una sólida capa de oro en hojas, precioso don de sus devotos.

Audiencia del rey. — Presentes. — El príncipe heredero y la princesa real. — Incidente diplomático.

Entre tanto pasaban los días y se echó encima la mala estación; comenzó á llover y llovía á cántaros, penetrando el agua en nuestra residencia. El *tsaredan-gyi* (amanuense real) encargado de la vigilancia se contentaba con sonreír á nuestras observaciones y á fumar gravemente su cigarro. Sin duda debió elegirse para este cargo por su impasibilidad á toda reclamación. Cuando Mr. Edwards se dirigió al *woonduk* con este objeto, se le contestó riendo que en Rangun los ingleses se habían alojado en la embajada birmana con las mismas ventajas: el *woonduk* no hacía mas que atenerse á los precedentes que nosotros habíamos establecido.

En fin, después de enojosas discusiones de etiquetas, se fijó nuestra entrevista con el rey para el 13 de setiembre; este día muy temprano, el *Nan-ma-dan-Phro-woon*, el *woonduk Mung-Mhon* y el *tara-thoong-yi*, gran juez y además alegre camarada con un séquito de oficiales vinieron á guiarnos á palacio.

Todos estos personajes vestían de gran gala y tan singularmente disfrazados, que no los reconocimos á primera vista. Llevaban por tocado una gran mitra de terciopelo escarlata, circuida por su base con una corona de oropel, y replegada atrás en forma de una extravagante voluta; y vestían una túnica del mismo género bordada de brocado y de anchas mangas á manera de capa de sacerdote romano. Es de buen tono, al parecer, llevar la mitra muy encaquetada, poco mas ó menos, como los gorros de los campesinos normandos. Cada dignatario tenía en la mano un instrumento de marfil semejante á un cuchillo de cortar papel, por medio del cual se acomodaban la mitra echándose atrás los cabellos. El *tsal-ve* con una trompa acústica completaba el traje oficial.

El tiempo había mejorado felizmente. Los barcos de guerra, los rojos vestidos de los marineros, los pabellones y banderas que flotaban al viento, los dignatarios birmanes en una canoa dorada, resplandeciente, impelida por cincuenta remeros, el blanco

campanario de Anauda, destacándose en medio de la verdura de palmas y algodonerías; á lo lejos las montañas del país de los shans escalonándose unas sobre otras; todo este conjunto formaba á nuestro paso por el lago la escena mas pintoresca y bella.



Esculturas cómicas en el Real monasterio de Amarapura

Al desembarcar, pasamos por medio de unos soldados, de aspecto mas ó menos belicoso: lo que nos divirtió mas fue ver á estos guerreros acurrucados en pequeños taburetes, lo mismo que los oficiales en sus sillas naturalmente mas altas, teniendo cerca de sí, sendas cajas de betel y sus respectivas escupideras. Entre todos estos hijos de Marte, no ví un hombre bien parecido. Las mujeres atisbaban curiosamente por los intersticios de las empalizadas que

guarnecen todas las calles; otros miembros del bello sexo dominaban en la multitud por otra parte, silenciosa. Entre ellas había algunas muy agradables y vestidas con cierto gusto; pero en general tienen la boca muy fea y un aire muy fatigado. Luego que llegó á la entrada de palacio nuestra escolta con sus fusiles armados de bayonetas, se detuvo y formó en filas de honor para dejarnos pasar.

Al mismo tiempo llegó el cortejo del príncipe he-



redero; incidente preparado sin duda ninguna para desplegar á vista de los súbditos birmanes la magestad de sus soberanos. El príncipe venia en una litera resplandeciente rodeada de ocho anchos quitasoles ó paraguas de oro desplegados sobre S. A. Nosotros tuvimos que esperar.

Al cabo de algun tiempo, y habiendo el woonduk anunciado nuestra llegada, pasamos adentro, despues de habernos despojado de nuestras espadas: tuvimos que pasar por esta costumbre de estricta heremonia, á que se sujeta hasta el mismo príncipe heredero, y de que solo se exceptúa la guardia real.

Al pasar por la puerta de entrada, *Iwe-dan-yoo-Taga* (puerta real de los escogidos) los dignatarios se descalzaron rogándonos inútilmente que los imitáramos; despues y segun nos acercábamos á la reja interior, hicieron cuatro veces el *sikkho* (zalema, acto de sumision que se ejecuta inclinando hasta el suelo la cabeza y llevando al mismo tiempo las manos á la frente) y nos volvieron á rogar que los imitáramos, pero inútilmente tambien. Ya en la puerta de la sala de audiencia fue preciso descalzarnos.

Las prolongadas alas de este salon se asemejaban á las de una catedral. Delante de nosotros se estendia lo que pudiéramos llamar coro, donde en vez de un altar se alzaba un trono; sobre el gran capitel de pisos sin número que se ven desde los flancos de la ciudad. Esta especie de coro está rodeado de grandes columnas, cuya base está revestida de laca y otros adornos rojos. Tambien hay series de columnas á lo largo de las alas; fuera de la base de las columnas, cañas, capiteles, tableros, todo resplandece de dorados.

El trono se parece exactamente á los que en los templos soportan á los ídolos de Gautama. Su forma singular viene á ser como dos triángulos reunidos por sus vértices: estos dos triángulos representan el fuego y el agua que en la cosmogonia búdica son los símbolos de la destruccion y regeneracion. El mortal privilegiado que se sienta sobre un trono de este género, representa á su vez al Señor del universo: tal es la modesta pretension del soberano de Ava.

Este trono, al cual llega el rey por una puerta de enrejado dorado, está guarnecido de cojines de terciopelo escarlata, especie de mosaico de oro, plata y espejuelos. Alrededor hay algunos nichos, donde se ven unas estatuas que representan, segun nos dijeron, los progenitores de la raza humana, despues cinco pendones con doradas astas y otros emblemas reales.

Nosotros estábamos acurrucados en unas alfombras inglesas de Axminster; el resto de la sala estaba simplemente vestido con esteras: solo algunos dignatarios tenian alfombras particulares. Nadie habia delante de nosotros, escepto una doble fila de jóvenes

príncipes vestidos de brocado de oro y plata. Cuatro de estos príncipes, hijos del rey, estaban en un lado y en otro los cinco hijos del heredero de la corona.

Este, el *Eiv-she-men*, sentado delante de ellos, sobre una como litera, vestia un traje de brocado de oro; su mitra era semejante á la de los otros oficiales, con la diferencia de su rica pedrería y demás adornos. El príncipe no se volvió nunca hácia nosotros; pero en el frecuente uso que hacia de un espejo revelaba su curiosidad. Por delante y por detrás de nosotros estaban los ministros y algunos viejos príncipes de la sangre, tipos de aspecto sensual y mandíbulas salientes: su tiaras, adornadas de joyas y sus trajes de púrpura recordaban á los abades mitrados de la edad media.

En los costados habia una multitud de oficiales inferiores y no pocos *tsaubwas*, príncipes shans tributarios; y por cierto que nos llamó la atencion su porte mucho mas distinguido que el de los birmanes.

El embajador puso la carta del gobernador general en un dorado taburete, cubierto con muselina. Cada uno de los oficiales tenia cerca de sí una especie de mesita con bandejas, en que habia tabaco, betel, té y otros curiosos artículos, todo muy limpiamente servido en salvillas de oro y botellas que contenian agua azucarada.

Por espacio de veinte minutos estuvimos esperando la llegada del rey, y todo lo que veíamos nos interesaba hasta el punto de olvidar la posicion incómoda en que estábamos sin sillas.

Por fin, un ruido como de música que provenia al parecer de los patios interiores, anunció la llegada de su magestad: muy luego entró un piquete de soldados en la sala de audiencia, se colocó entre los intercolumnios, y se arrodilló, conservando cada soldado su fusil entre las rodillas y cruzando las manos en actitud de orar.

Al mismo tiempo el rey subia al trono lentamente, sirviéndose de su sable con vaina de oro, como de un baston. Nosotros creimos al principio que seria cosa de ceremonia aquel aplomo, pero Mr. Camaretta nos aseguró que el traje del rey cubierto de pedrería, pesaba mas de 50 kilogramos. La reina seguia inmediatamente al rey.

El rey permaneció un momento en pie; luego se sentó á la derecha del trono, despues de haber sacudido los cojines con su abanico. La reina se colocó á la derecha del rey: por detrás le presentaban de vez en cuando algunos de esos objetos indispensables á personas de su rango, como la caja del betel, la escupidera de oro, etc. Entre sus magestades se elevaba la sagrada imagen de un cisne sobre un pedestal de oro.

Despues de haberse servido de su abanico y de haber abanicado al rey, la reina hizo que le trajeran

un cigarro encendido que puso al punto en sus reales labios. Hay que decir que aquí no se falta á la etiqueta ni al respeto con fumar delante de los soberanos.

A la distancia en que estábamos del rey, nos pareció de buena presencia: sus rasgos en que se reflejaba la fisonomía nacional, aunque suavizada, indicaban mas distincion que la que ordinariamente se ve en sus súbditos y parecian revelar tambien bondad é inteligencia: sus manos eran notablemente finas y delicadas. Su larga túnica de seda clara, desaparecia literalmente bajo la profusion de joyas que la adornaban; su corona tenia la forma de una tiara elevándose en punta y terminando en un ornamento de muchas pulgadas de alto en forma de alas por encima de las orejas; en su frente brillaba una placa de oro. Esta corona se llama en lengua del país *Tharapeo*.

El traje de la reina era mucho menos magestuoso, lo que consistia sin duda en el tocado que no hacia maldita la gracia. Imaginaos un gorro ajustado estrechamente á la cabeza, ocultando los cabellos y aun las orejas y levantándose en espiral hácia adelante como un cuerno de rinoceronte, ó como ciertas volutas petrificadas de las colecciones mineralógicas; por remate caian dos largas bandas á lo largo de las mejillas. El resto del traje de su magestad birmana tenia alguna semejanza con las modas usadas en la época de la reina Isabel. Las mangas y el talle parecian hechas de varias telas acuchilladas y una especie de manteleta acuchillada tambien descendia hasta la cintura: el traje estaba cubierto de pedrería lo mismo que el tocado. La reina es la *semi-hermana* de su esposo, segun costumbre inmemorial entre las razas reales de Birmania, y entre las de Aracan y del Pegú en tiempo de la independencia de estas comarcas.

Entre las jóvenes que habia detrás del trono, estaba la hija del rey, ataviada poco mas ó menos como la reina. Otra jovencita encantadora, con adornos de flores en la cabeza, y que miraba furtivamente á los extranjeros, era la hija del príncipe heredero.

Al entrar el rey nos descubrimos nosotros y los demás circunstantes se prosternaron con la frente contra el suelo y las manos cruzadas sobre la cabeza; los príncipes arrodillados delante de nosotros doblaron filas y los dos *atwen-woon*, que se hallaban á nuestro lado, se arrastraron, prosternados como estaban, hasta la mitad de la distancia que nos separaba del trono, formando asi una muralla entre el rey y nosotros.

Unos diez brahmanes con estolas y blancas mitras adornadas de hojas de oro llegaron entonces á la sillera inmediata al trono y entonaron un coro en sanscrito, seguido muy luego de un canto semejante en birman: hablando propiamente, esto no era otra cosa

que una letanía ó enumeracion de los dioses indios, de los sabios y santas criaturas, cuya bendicion se invoca en favor del rey. Terminados los cantos, nuestro amigo el *tara-thoongyi* ó gran juez que estaba á nuestra derecha, leyó al rey una nota anunciando que las ofrendas que S. M. se proponia entregar á ciertas pagodas de la capital estaban dispuestas. Y uno de los funcionarios dijo: «Dedíquense.» En esto volvieron á resonar los cantos; porque, lo mismo que la ceremonia del *Aveit theit* ó de las ilustraciones solemnes, forman un preliminar indispensable de las ofrendas á las pagodas que inauguran siempre la apertura de una audiencia real. La carta del gobernador general fue entonces leida en alta voz por un *tan-dau-gan* ó intérprete de la palabra real. El mismo funcionario leyó igualmente la lista de los presentes ofrecidos al rey y á la reina. El modelo del camino de hierro que sir Macdonald Stephenson habia remitido al embajador para esta circunstancia, fue el único de los presentes exhibido en la sala, que no causó poco interés á los birmanes.

Entonces, y segun costumbre, se hicieron al embajador tres preguntas como provenientes del rey. S. M. no desplegó los labios, bien que manifestara su voluntad con un signo de cabeza. Un *atwen-woon* fue, quien volviéndose un poco, preguntó:

—¿Está bueno el rey de Inglaterra?

Despues, y sobre la respuesta afirmativa del embajador, el heraldo repitió en alta voz:

—Con motivo de la perfecta gloria de V. M., el rey de Inglaterra está bueno, y humildemente deseo que esté lo mismo V. M.

Despues, habiendo tenido lugar una serie de preguntas y respuestas entre el *atwen-woon* y el embajador, el *than-dau-gan*, terrible parafraseador, las interpretó de este modo:

—«Con motivo de la alta gloria y escelencia de V. M. hace cincuenta y cinco dias que estos extranjeros salieron de Inglaterra. (Bengala habia dicho el mayor Phayre) y llegan felizmente á tus pies de oro con toda obediencia, etc.

»La lluvia y el aire fueron propicios en el viaje de ellos, y allá y acá de las fronteras no han hallado mas que dichosas poblaciones.»

Despues de esto nos ofrecieron presentes. El mayor Phayre recibió una copa de oro con los signos del zodiaco en relieve, un bello rubí, un *tsal-we* de nueve rangos y un precioso *putso*; los otros oficiales recibieron una copa de oro sencilla, un anillo, un *putso*, ó un anillo y un *putso* solamente.

Finalmente, apoyándose en la reina, se levantó el rey para retirarse, y los dos atravesaron el enverjado dorado que formaba el fondo del nicho real. La música sonó otra vez, las puertas se cerraron y nos anunciaron que podíamos retirarnos; anuncio acogido con placer,



porque la actitud forzada en que estábamos, y á la cual muchos de nosotros quisieron sustraerse, nos valió mas de una vez una mirada de desagrado por parte del *nan-dau-roon*.

Bajando de palacio vimos á los bailarines y juglares que funcionaban en el patio, y luego nos invitaron á ver al *Señor Elefante blanco*, al cual vimos alojado en un aposento situado al Norte de la sala de audiencia; despues siguiendo el mismo camino de la mañana, llegamos á la residencia un poco fatigados, á cosa de las cuatro de la tarde.

15 de setiembre.—El rey nos ha hecho saber por medio del *woonduk*, que estaba muy satisfecho de los presentes que le habíamos hecho, y sobre todo de un candelero de cristal rojo. Deseaba tambien saber S. M. si alguno de nosotros podria poner á su maestro de ceremonias en estado de servirse del aparato fotográfico. El mayor *Phayre*, vistas las dificultades, opinó que se podria enviar á Calcuta uno de los familiares para aprender la manipulacion, lo que tuvo lugar mas tarde. Pero todos los esfuerzos del capitán *Tripe*, el hábil fotógrafo agregado á la embajada no produjeron sino resultados negativos. Esta incapacidad de sus artistas no impedía sin embargo á los birmanes extasiarse ante los resultados obtenidos por el capitán *Tripe*, sobre todo cuando se trataba de la reproduccion de sus monumentos y monasterios tan sobrecargados de ricas esculturas.

Su gusto bajo este respecto, contrasta con la torpeza de los indostanos, que ni siquiera reconocen los retratos mas parecidos. Este rasgo distintivo de la aptitud de los indios y de los birmanes me parece que no ha sido nunca señalado.

La coincidencia de nuestra llegada con la lluvia, fue muy notable, y á este propósito el rey dijo sonriendo, que esperaba prolongáramos nuestra permanencia, porque su reino tenia aun necesidad de agua.

17 de setiembre.—Fijado este dia para nuestra visita al *Ein-she-men*, el presunto heredero nos proporcionó la ocasion de navegar en el lago. Acompañados del *woonduk* y de algunos oficiales, lo atravesamos para ir á la parte Sur de la ciudad, donde nos esperaban elefantes y una escolta de quince hombres de nuestra caballeria irregular. En las inmediaciones del palacio del príncipe, el mas grande de la ciudad y el único de triple techo habia un gran destacamento del regimiento de *Madeya*, que nos acompañó y formó las filas de nuestro cortejo.

El embajador hizo avanzar su *tonjon* hasta la puerta y bajamos de nuestros elefantes tan cerca como la muchedumbre lo permitia: allí nos recibió uno de los *woons* del príncipe en virtud del aviso que el *woonduk* le diera de nuestra llegada. Este personaje, hombre muy obeso, no comprendia nuestra lengua,

pues no respondió á nuestras preguntas, contentándose con pasear sus miradas sobre nosotros á la vez que mascaba su betel. Al fin dijo con mucha calma: ¿Han llegado todos? Entonces abrid la puerta. Las anchas puertas de madera giraron sobre sus goznes, y el palacio del príncipe apareció á nuestra vista; construccion inmensa, modestamente adornada al estilo monástico y rodeada de un cerco de empalizada. Los ecos de una orquesta interior llegaban á nosotros, y en todas las ventanas y verandahs se apiñaba una multitud de curiosos. Dos cañones de menor calibre y bien montados defendian la entrada.

Desfilando entre dos líneas de soldados con uniforme verde, llegamos al pie de la escalera, donde segun las conveniencias de etiqueta, dejamos nuestro calzado. Ya arriba se nos hizo pasar á lo largo de los verandahs, donde danzaban mas bailarinas; despues penetramos en un salon alto y tan oscuro que no se veia nada al principio, pero luego distinguimos una multitud, entre la cual habia gente armada de sables de ancha punta. Ni oro ni colores adornaban los muros de esta sala. Sentámonos sobre una alfombra en el centro á unos diez metros del fondo, donde habia á unos seis pies de elevacion una puerta de tableros, cuyos intersticios dejaban pasar una luz mas brillante.

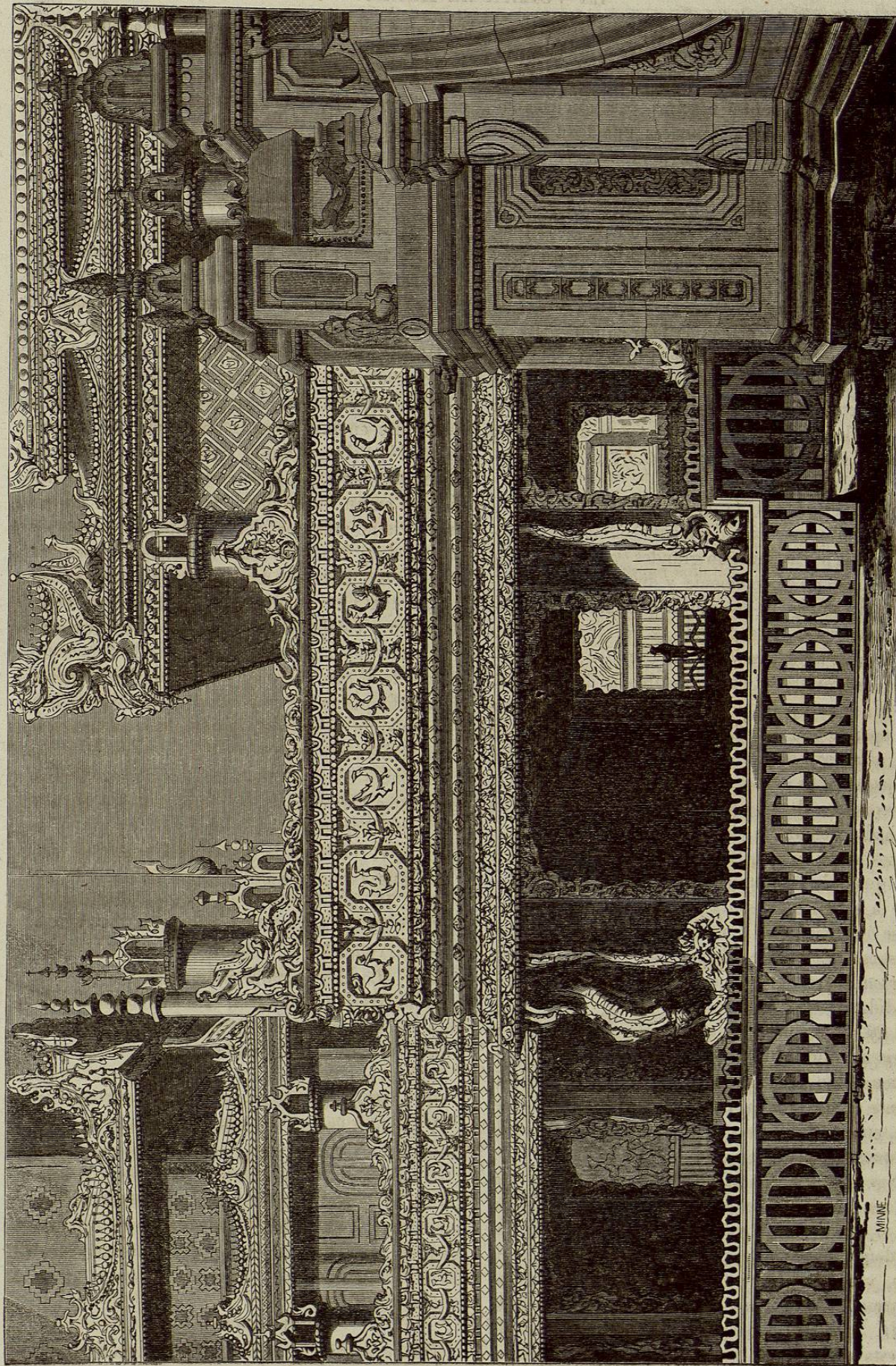
Trajeron luego y pusieron delante de nosotros agua y betel, y despues de un cuarto de hora, que el silencio, la oscuridad y nuestra incómoda postura hicieron parecernos demasiado largo, se abrió la puerta dejándonos ver al príncipe y á su reina, que asi se le llama, sentados en el suelo de aquella cámara elevada como queda dicho.

Vista esta escena desde lo oscuro, iluminada con una viva luz y circuida por el marco de la puerta, en medio de la cual aquellos dos personajes estaban inmóviles, nos hizo el efecto de un cuadro, cuadro de carácter tan singular como raro.

El príncipe, vestido de brocado y cubierto con una mitra cargada de joyas, nos apareció como el tipo mogol mas acentuado, y nos hizo una impresion mucho menos agradable que la que recibimos al ver á su real hermano.

La princesa, vestida á la moda de su parienta la gran reina, llevaba un traje menos desagradable; pero tenia las orejas estiradas por el peso de tantas joyas. Era esta princesa una graciosa y modesta jóven, de fisonomía amable, inteligente, y parecia un poco disgustada entre los embarazosos pliegues de sus ropas. Es tambien la *semi-hermana* de su esposo sin ser la hermana de la reina.

Un silencio de algunos minutos, durante el cual el concurso parecia adorarlos, sucedió á la llegada de los príncipes; y despues uno de los *woons* se permitió llamar la atencion de SS. AA. sobre nosotros, subien-



Detalles interiores del Malia Comiye-peima en Amarapura.